

*Boston, el mismo día de 1870*

Los trabajadores maldecían al alcalde de Boston y el calor del verano y al gobernador de Massachusetts y a los negros libres. Y, por supuesto, maldecían los barcos. Los negros liberados maldecían lo mismo, pero incluían a los irlandeses en sus epítetos.

En otros meses algunos estibadores cantaban. Pero en verano maldecían.

—¡Que se vaya al infierno el dinero! —dijo uno de los trabajadores. Pero no especificó si lo que maldecía eran sus propios y escasos emolumentos o el dinero que forraba los bolsillos de los tipos ricos con caras abotargadas cuyas pertenencias cargaban.

Un segundo trabajador añadió:

—¡Maldito sea *todo* el dinero! ¡Que se lo lleve el diablo! —ante esto, los demás lanzaron tres hurras al unísono.

No habían notado la presencia de un gran forastero que recorría el muelle con un palillo de dientes de marfil colgando de los labios. Sus ojos oscuros permanecían fijos al frente atravesando el pasillo formado por estibadores y vagones de tren.

—¡Oigan! —exclamó a la pandilla de trabajadores irlandeses, aunque no logró atraer su atención. Entonces levantó su bastón dorado.

Con eso fue suficiente.

En la empuñadura del bastón se veía un exótico y feo ídolo dorado, la cabeza de una bestia con un cuerno surgiendo en medio de la frente, una horrible boca abierta

y chispas de fuego brotando de la lengua. Era difícil dejar de mirarla. No sólo debido a su fealdad, sino también por el contraste que hacía con la propia boca del forastero, prácticamente oculta bajo un bigote que le llegaba de oreja a oreja. Los labios del hombre apenas se abrieron cuando habló.

—Estoy —dijo el desconocido dirigiéndose a los estibadores— buscando a un muchacho. ¿Lo han visto? Va vestido con un traje grueso y lleva un fajo de papeles.

De hecho, los estibadores habían visto pasar unos minutos antes a un muchacho que se ajustaba a la descripción. El joven se había detenido junto a un barril dado la vuelta situado enfrente de la fábrica de sal. Con sólo ver el grueso traje que llevaba el chico aumentaba la sensación de calor. Después de recobrar la compostura con aire cohibido, había sacado de debajo del barril un fajo de papeles atado con cordel negro y cruzado con paso inseguro entre el grupo de trabajadores. Por supuesto, lo habían cubierto de maldiciones.

—Bueno —dijo el forastero al adivinar la verdad en los ojos de los hombres—, ¿hacia dónde fue?

Los cuatro estibadores intercambiaron miradas evasivas. No tanto ante su pregunta como por su acento marcadamente inglés, además de su piel marrón apergamina-da. Bajo su sombrero asomaba un turbante de algodón color chocolate. Vestía una prenda tipo túnica que le llegaba hasta las rodillas de sus pantalones de seda y un cordón de lana le ajustaba la cintura.

—¿Es usted un hindú o algo así? —preguntó por fin un trabajador delgado y fibroso.

El atezado forastero hizo una pausa y tomó aire profundamente. Volvió sólo los ojos hacia el trabajador que había planteado la pregunta. Con una inesperada fiera-za dirigió una estocada con el bastón al cuello del sujeto y su cuerpo se desplomó en el suelo. Sus compañeros acu-

dieron rápidamente en su ayuda, pero una sola mirada del agresor detuvo a los aspirantes a rescatadores.

La grotesca cabeza tenía unos colmillos retorcidos y afilados. En aquel momento se encontraban clavados en la suave carne de la yugular del postrado trabajador. Una fina gota de sangre descendía temblorosa por su nuez.

—Mírame. Ahora, mírame a los ojos —le dijo el desconocido a su víctima—. Me vas a decir por dónde viste marcharse al muchacho o te arranco esa lengua dublinesa a través del cuello y que sea lo que Dios quiera.

Temiendo que los colmillos se clavaran más profundamente en su cuello, el estibador caído respondió con un gesto casi imperceptible. Levantó un brazo y señaló con un dedo tembloroso en la dirección que había tomado el joven y cerró los ojos, temeroso.

—Buen chico, mi joven Paddy —dijo el desconocido.

No era de extrañar que el trabajador irlandés cerrara los ojos. Los dientes y los labios del forastero vistos desde su poco ventajoso punto de vista estaban teñidos de un llamativo rojo brillante. Como manchados de sangre. Como si aquel hombre acabara de devorar un animal rabioso para desayunar.

Provisto de nueva información, el extraño de ojos oscuros retomó de inmediato su camino por la calle que salía del Long Wharf y conducía al centro de Boston. Allí, justo de frente, esquivando las carretas de frutas y verduras de Faneuil Hall, vislumbró a quien estaba buscando. Era como si un fuerte viento empujara al joven hacia adelante. Su desplazamiento era brutal; sus ojos extraviados, apremiantes; si alguien le hubiera prestado atención le habría parecido que estaba poseído por una misión vital para Boston, vital para el mundo. Lanzaba miradas de preocupación hacia atrás mientras sujetaba fuertemente entre los brazos el paquete con manchas de humedad.

El perseguidor apartaba a empujones a vendedores de pescado y a mendigos por los pasillos de Quincy Market.

—¡Vasos de cerveza! —gritó un vendedor ambulante antes de que le tiraran al suelo.

Al fondo del mercado, cuando el predador y la presa cruzaban la puerta de salida, la mano inmensa del uno se cerró sobre la manga del otro.

—¡Te vas a arrepentir de haber huido de mí! —rugió tirándole del brazo.

—¡No! —los ojos sinceros del joven se encendieron con un brillo de desafío—. ¡Osgood lo necesita!

El brazo libre del muchacho se alzó como si fuera a golpear a su asaltante, gesto ante el que el hombre descomunal ni siquiera parpadeó. Pero en vez de golpear, el muchacho utilizó la mano libre para agarrar su propia manga y tirar de la tela rasgando el traje por el hombro. Liberado de las garras del desconocido, el impulso le hizo cruzar la calle dando piruetas hasta la relativa seguridad del otro lado.

Un alarido inhumano combinado con un horrible chasquido.

El extraño del ídolo dorado, jadeando desde lo más hondo de su garganta, se bajó el sombrero redondeado sobre los ojos para protegerlos de las nubes de polvo mientras se subía a la acera. Durante un instante no pudo localizar al joven, pero luego vio lo que había pasado. Cuando una multitud de personas se arremolinó, *demasiada gente*, el observador se alejó lentamente, como si nada de aquello le interesara.

El oscuro desconocido no era el único que andaba de cacería entre el vibrante tráfico que aquella mañana poblaba los muelles. Había otros dos o tres, por el mo-

mento, entre el enjambre de trabajadores, ratas de embarcadero y juerguistas ociosos. Eran rostros familiares en los muelles, que muchas mañanas salían antes que los estibadores. Y eran conocidos sobre todo los unos para los otros, a pesar de que, por extraño que pareciera, no se conocían los nombres.

Al menos no sus nombres propios. Estaba Melaza, al que llamaban así sarcásticamente por su paso siempre acelerado. Esquire era un caballero de color, antiguo cochero, que enseñaba esgrima y baile en los barrios negros. Kitten era una de las mujeres de aquella pandilla selecta y mugrienta que podría con sus encantos quitarle de las manos la bebida a Whiskey Bill, otro de sus rivales.

Hoy era Melaza, con su pañuelo negro al cuello y una chaqueta de piel de melocotón, quien estaba a un paso de alcanzar la dulce victoria. ¡Victoria! Durante la guerra de Secesión Melaza había sido un buscavidas profesional al que pagaban para que ocupara en el Ejército el puesto de los jóvenes ricos que no querían alistarse. Utilizando diferentes alias para hacerse con el dinero y desapareciendo rápidamente de los regimientos, los polvorientos días de la guerra habían ayudado a Melaza a ganar cinco mil dólares en dos años y medio. Entonces adquirió la costumbre de teñirse el pelo y la barba de colores que nadie había visto nunca crecer naturalmente en hombre alguno. Además, la barba era demasiado larga. Había jurado no afeitarse hasta que un demócrata fuera presidente y dejara fuera de juego a los tramposos de los republicanos.

Y allí, delante de los ojos de Melaza, se ocultaba lo que deseaba. Un cable desde Filadelfia le había ordenado que recuperara el tesoro a cambio de una generosa recompensa. Apostado en una de las lonjas de pescado del muelle con su largo catalejo, había visto cómo lo escondía el joven del traje a primera hora de la mañana. Ahora sería suyo.

Un vigilante del muelle estaba levantando un barril abandonado.

—Perdone —dijo Melaza acercándose y quitándose la gorra de mezclilla de la cabeza a modo de atento saludo—. Yo me ocuparé de eso, señor.

—¿Quién eres tú? —preguntó el aludido con un fuerte acento alemán—. Aléjate de mis barriles, rata de embarcadero.

Melaza le dio una patada al barril con su bota desabrochada. Para su consternación, de él no salieron más que raspas de pescado. No podía creerlo. Se agachó y hurgó entre los desperdicios. Cuando levantó la mirada vio a Esquire de pie junto a él, riendo alegremente entre dientes.

—¡Esquire, canalla impenitente! ¿Dónde están?

—¡No están ahí! Tranquilo, Melaza. Yo tampoco he encontrado los papeles. Tú no los tienes, yo no los tengo y he visto a Kitten (creo que hoy está trabajando para C.) en un viejo remolcador con una cara como si le hubieran dado en la espalda mientras se comía una barra de mantequilla. Bueno, supongo que lo más probable es que hayan desaparecido del todo y los tenga ya su legítimo dueño. Mala suerte.

Al vigilante alemán se le puso la cara colorada.

—Si no os vais de mi muelle haré venir a la policía.

Melaza se puso a darle patadas violentamente al barril hasta que quedó hecho trizas. Luego amenazó a gritos al vigilante en perfecto alemán. Esta vez, el vigilante se retiró.

—¿Whiskey Bill? ¿Ha sido él? —preguntó Melaza volviéndose hacia Esquire.

—No, Melaza —respondió éste grandilocuente, encaramándose encima de un banco con las piernas colgando y la mirada en el mar—. A Bill no le han asignado esta misión.

Una brisa ligera soplabá por la bahía y el fuerte sol iluminaba los barcos de vela. A lo lejos se oía el lejano rugido del tráfico, los gritos de los cocheros y los latigazos que daban a los caballos en Quincy Market.

Melaza, que se limpiaba las manos malolientes en la chaqueta y el pantalón, de repente hizo una pausa.

—Había un tipo extraño que seguía al chico: piel oscura, muy delgado, con un turbante en la cabeza. ¿Crees que uno de los peces gordos le habrá encargado que consiga el botín también, Esquire?

—Ah, le he visto antes —respondió éste misteriosamente—. ¿Con los ojos grandes y negros, como si estuvieran vacíos, y la boca parecida a la de una calavera? No, ése no es de los nuestros, Melaza, de eso estoy seguro. No es alguien que se pierda por un puñado de monedas.

Casi al mismo tiempo, el ómnibus conocido como *Alice Gray* se detenía traqueteando en medio de Dock Square. El conductor y los pasajeros desmontaron para ver de dónde procedía el ruido, aquel largo y escalofriante crujido que todos habían oído salir de debajo del vehículo un momento antes.

—¡Dios santo!

—¡Vaya, seguramente le ha arrastrado!

—¡Totalmente aplastado!

—Aleje a las mujeres de aquí, ¿quiere hacer el favor?

Bajo la rueda trasera, un joven pálido con el traje de lana desgarrado. La primera rueda le había pasado por encima del cuello y la siguiente por la pierna, casi cercenándosela por debajo de la rodilla.

Uno de los caballeros que se apearon del vehículo fue el primero en llegar al cuerpo. La cabeza del joven se estremecía levemente. Sus pupilas se contraían y abría la boca.

—¿Está vivo! —gritó alguien—. ¿Hay algún médico?

—Yo soy abogado —dijo el caballero como si quisiera superar la pregunta respondiendo a otra—. ¡Sylvanus Bendall, letrado!

El moribundo alargó la mano para asir el cuello del abogado con sorprendente insistencia, mientras su boca formaba una palabra y luego otra. Bendall escuchó escrupulosamente hasta que las fuerzas parecieron abandonar al muchacho y dejó de hablar.

Tras unos instantes de sobrio reconocimiento más propio de un médico de verdad, el hombre arrodillado que decía llamarse Bendall se quitó el sombrero para comunicar la muerte del joven. Un caballero alto señaló al manojo de papeles que llevaba el difunto en la mano.

—¿Qué tiene ahí? ¿Su testamento? —y rió entre dientes de su propio chiste morboso.

—¡Bah! —dijo el abogado Bendall muy serio. Soltó el cordel, sacó una de las hojas y se llevó el monóculo a la cara para examinarla—. ¡He visto muchos testamentos en mi vida y esto no lo es, señor! Los testamentos no suelen llevar grabados... Fíjese —murmuró moviendo los labios en silencio mientras leía durante unos instantes. Su expresión fue cambiando poco a poco—. Creo que... ¡Sí! Creo que esto es... ¡Por todos los santos!

—¿Y bien, señor? —inquirió el alto espectador.

—¿Quién podría decir —dijo Bendall— si conoció alguna vez la ambición o el desengaño?

El abogado no monologaba sobre el difunto: leía las páginas que había arrancado de las manos del joven. Sylvanus Bendall levantó la mirada del papel con la cara brillantemente encendida.